

MEDEA BENJAMIN

Las guerras de los drones

Matar por control remoto

Prólogo de Barbara Ehrenreich



● crónicas ●
ANAGRAMA

Índice

PORTADA	
PRÓLOGO	
INTRODUCCIÓN	
UNA SÓRDIDA HISTORIA DE AMOR CON DRONES EXTERMINADORES	
UN MERCADO EN EXPANSIÓN	
DRONES POR AQUÍ, DRONES POR ALLÁ, DRONES POR DOQUIER	
PILOTOS SIN CABINA	
VÍCTIMAS POR CONTROL REMOTO	
¿ES LEGAL MATAR CON DRONES?	
LA MORALIDAD MUERDE EL POLVO	
LOS ACTIVISTAS CONTRAATACAN	
LA OPOSICIÓN A LOS DRONES SE GLOBALIZA	
CONCLUSIÓN	
AGRADECIMIENTOS	
BIBLIOGRAFÍA Y DIRECCIONES RECOMENDADAS LIBROS/INFORMES	
NOTAS	
CRÉDITOS	

PRÓLOGO

Los drones, en muchos aspectos, plantean los mismos problemas morales que cualquier otra arma de acción a distancia. Permiten a los soldados matar con un riesgo mínimo para ellos, reduciendo de ese modo el coste humano de la agresión. Un caso clásico es el antiguo desprecio por los arqueros, tal como lo vemos en la *Ilíada*, en la que los cabecillas griegos se burlan del príncipe troyano Paris porque éste confía en el arco y las flechas. Los hombres de verdad no temen el combate cuerpo a cuerpo; sólo los cobardes atacan de lejos, a menudo escondidos detrás de árboles o rocas.

Ni que decir tiene que los drones son el arma definitiva de acción a distancia, ya que permite al agresor destruir blancos situados en Pakistán o Afganistán mientras él se encuentra en Nevada, a miles de kilómetros. Pero no es esto sólo lo que los vuelve excepcionalmente perniciosos: también los misiles pueden ser lanzados desde muy lejos por individuos que no necesitan ver el alcance de la violencia que infligen, y lo mismo cabe decir de los bombardeos aéreos. Si queremos acabar con la guerra tenemos que dirigir los tiros hacia todo el arsenal que la posibilita e incluso incita a ella –fusiles, artillería, aviones de combate, bombas– y hacia las industrias que lo fabrican.

Sin embargo, en este libro, tan persuasivo como escrupulosamente documentado, Medea Benjamin deja claro que los drones no son un artilugio militar de alta tecnología como cualquier otro. En realidad incluso cuesta afirmar que su utilidad primaria sea «militar» en el sentido tradicional del término. Los drones han posibilitado un programa de atentados a la carta que se ha justificado por la «guerra contra el terrorismo» de Estados Unidos, pero que por lo demás burla las leyes tanto internacionales como estadounidenses. Como demuestra Benjamin, es la CIA y no el Pentágono quien orquesta casi todos los ataques de drones en Asia Occidental, sin que nadie rinda cuentas. Ha habido objetivos, entre ellos ciudadanos estadounidenses, que han sido condenados, sin que mediaran pruebas ni juicios, al parecer por voluntad de la Casa Blanca. Y quienes movilizan los drones gozan de absoluta impunidad en lo que se refiere a las muertes de civiles que acaban considerándose bajas accidentales.

Una de las revelaciones más inquietantes de Benjamin es la im-

presionante expansión de la industria de los drones en los últimos años, hasta el extremo de que hay ya cincuenta países que poseen estos aparatos. El presente libro describe las angustiosas posibilidades que supone esta proliferación demencial. No sólo podemos esperar que los drones caigan en manos de países «malintencionados» o de grupos terroristas; también hemos de prepararnos para el posible uso interior de drones de vigilancia, incluso de drones armados en la frontera mexicana y tal vez dispuestos a disparar contra civiles que se manifiesten en las calles estadounidenses.

Si lo hubiera escrito cualquier otra persona, este libro habría podido ser muy deprimente. Pero por suerte, Medea Benjamin es no sólo una periodista de primera clase, sino también una de las antibelicistas activas más destacadas. El libro termina con la descripción del movimiento internacional contra los drones, en el que Benjamin ha desempeñado un papel fundamental. Cuando el lector cierre el libro no permanecerá indiferente y sabrá qué hacer para comprometerse en la lucha.

BARBARA EHRENREICH

Alexandria, Virginia, enero de 2012

INTRODUCCIÓN

Conocí a Roya en una polvorienta carretera de Peshawar, el primer día que estuve en la frontera afgano-pakistaní. Corría el año 2002, habían transcurrido sólo unas semanas desde la invasión estadounidense de Afganistán y yo viajaba como representante de Global Exchange, la ONG pro derechos humanos que yo había fundado con otras personas en 1988. Una muchacha se me acercó con la cabeza ladeada y la mano extendida para pedirme dinero.

Conocí su historia con ayuda de un intérprete. Roya tenía trece años, la misma edad que mi hija menor. Pero su vida no podía haber sido más diferente de la que había llevado la adolescente que estudiaba en un instituto de enseñanza media de San Francisco y de la de cualquiera de sus amigas. Roya nunca había tenido tiempo para practicar deportes ni para ir a la escuela. Nacida en el seno de una familia pobre que vivía en la periferia de Kabul, su padre era vendedor ambulante. Su madre había tenido cinco hijos en total y elaboraba dulces que vendía el padre.

Un día que su padre estaba fuera vendiendo caramelos, Roya y sus dos hermanas volvían a casa cargadas con cubos de agua cuando oyeron un zumbido espeluznante y acto seguido una explosión; del cielo había llovido algo devastador que destruyó la casa de las muchachas y despedazó a su madre y a sus dos hermanos, cuyos miembros ensangrentados saltaron por los aires.

Los norteamericanos, al parecer, creyeron que la casa de Roya formaba parte de un cercano complejo de viviendas que albergaba talibanes. Su madre y sus dos hermanos habían resultado víctimas accidentales o, en la fría jerga militar, «daños colaterales» de la guerra de Estados Unidos contra el terrorismo.

Cuando el padre de Roya volvió a casa, recogió con mucho cuidado todos los fragmentos que encontró de su pulverizada familia, los enterró inmediatamente de acuerdo con la tradición islámica y cayó en un profundo estado de estupor.

Roya pasó a ser la cabeza de la familia. Abrigó a sus hermanas, recogió a su padre y huyó. Sin dinero ni provisiones recorrieron el macizo de Hindukush, cruzaron el desfiladero del Jáiber y entraron en Pakistán.

Una vez en Peshawar, la familia consiguió sobrevivir con apenas un dólar diario que las muchachas obtenían mendigando. Roya me

condujo a la choza de adobe y de una sola habitación para que conociera a su padre. Aunque alto y fuerte, con manos encallecidas de obrero, ya no trabaja. Ni siquiera pasea ni habla. Se limita a estar sentado, mirando el vacío. «A veces sonrío», dijo Roya en voz baja.

En Afganistán vi más vidas destruidas por los bombardeos estadounidenses. Unas bombas daban en el objetivo fijado, pero causaban terribles daños colaterales. Otras caían donde no debían caer, por culpa de errores humanos, de defectos de las máquinas o de información equivocada. Cierta vez que se celebraba un banquete de bodas en una aldea, los norteamericanos pensaron que era una reunión de talibanes. Cuarenta y tres personas celebraban alegremente el acontecimiento y antes de que se dieran cuenta, sus fragmentados cadáveres colgaban de las ramas de los árboles.

En otra pequeña población fueron exterminados cuarenta vecinos en mitad de la noche. ¿Su delito? Vivir cerca de las cuevas de Tora Bora, donde se suponía que se ocultaba Osama bin Laden. Los informativos estadounidenses notificaron las muertes alegando que eran de combatientes talibanes. Pero una mujer a la que conocí – que había perdido a su marido y a sus cuatro hijos, así como las dos piernas– nunca había oído hablar de Al Qaeda, ni de Estados Unidos, ni de George Bush. Sangrando profusamente, sólo deseaba morir. No soportaba la idea de sobrevivir mutilada, viuda, sin familia ni ingresos.

Sin que lo supiera la mayoría de los estadounidenses, en sólo tres meses, entre el 7 de octubre de 2001 y el primero de enero de 2002, murieron más de mil civiles afganos como consecuencia directa de la campaña de bombardeos organizada por Estados Unidos, y otros 3.200 por lo menos morirían de «hambre, frío, enfermedades derivadas o heridas sufridas mientras huían de las zonas de guerra», según el Project on Defense Alternatives.¹ Esto supera la cantidad de personas que murieron en los atentados del 11 de septiembre.

El presidente Bush podía haber tomado varias decisiones a raíz de los espantosos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Habría podido calificar los ataques de crimen contra la humanidad, lo cual habría exigido una acción policial coordinada internacionalmente para capturar a los autores y llevarlos ante la justicia. Por el contrario, optó por invasiones territoriales con tropas armadas hasta los dientes y por ataques aéreos que lanzaron miles de bombas y misiles que oscurecieron el cielo.

El gobierno estadounidense dijo a sus ciudadanos que no debían preocuparse por quiénes estuvieran en el punto de impacto de los ataques aéreos. Los militares tenían ahora bombas inteligentes, mi-

siles guiados por láser y unos modernísimos aviones no tripulados llamados drones que les permitían lanzar ataques con una precisión asombrosa. Los funcionarios del gobierno repetían que los combatientes de Al Qaeda que habían atacado el país o que planeaban futuros ataques recibirían su merecido, y que se evitarían cuidadosamente las bajas civiles.

Cuando me di cuenta de que todo esto era mentira, juré que haría lo posible para que el gobierno estadounidense indemnizara en lo posible a las víctimas inocentes de nuestros ataques. También juré que nunca más me dejaría engañar por el bulo de que las guerras de alta tecnología eran más humanas.

Se produjo entonces la invasión de Irak de marzo de 2003, una guerra basada en mentiras sobre la presunta participación de Saddam Husein en el 11 de septiembre y sobre la «inminente amenaza» que representaba para la seguridad de Estados Unidos su supuesta posesión de armas de destrucción masiva. Los militares estadounidenses alardeaban de que a diferencia de lo sucedido en la Guerra del Golfo de 1991, en la que el noventa y tres por ciento de las bombas lanzadas fueron bombas «tontas», es decir, bombas tradicionales de caída libre, el setenta por ciento de las armas explosivas que iban a lanzarse doce años después serían bombas «inteligentes» guiadas por láser o misiles de precisión.² Además, se nos dijo que se esperaban daños colaterales mínimos.

Debo confesar que cuando recorrí las calles de Bagdad unos meses después de la invasión, me maravilló la capacidad de aquellas armas para destruir selectivamente. Veía edificios reducidos a escombros mientras que los que los flanqueaban seguían en pie. Con aquellos proyectiles de alta tecnología, los militares podían concentrarse en objetivos clave: ministerios, centrales eléctricas, potabilizadoras de agua, alcantarillado, depósitos de comida, centrales de autobuses, puentes, centros de comunicaciones. Pero según nos contaron los iraquíes, apuntar a un objetivo con exactitud no minimizaba necesariamente las bajas. ¿Qué ocurría con los trabajadores que estaban en aquellos edificios? ¿Y con la gente que pasaba casualmente cerca de allí? ¿Y con los centenares de miles de iraquíes, sobre todo niños, que morían por la consiguiente falta de agua potable y de atención médica? Y esta cruel destrucción se produjo en un país que no había tenido nada que ver con Al Qaeda ni con el 11 de septiembre.

Al volver a Estados Unidos movilicé los recursos de Global Exchange para convencer al Congreso de que creara un fondo para indemnizar a las víctimas inocentes de nuestros ataques. Nuestra co-

laboradora Marla Ruzicka, una de las jóvenes más vehementes y comprometidas que he conocido, trabajó febrilmente en este proyecto y fundó un grupo llamado CIVIC, siglas de Campaña por las Víctimas Inocentes en Conflictos. En abril de 2005, Marla murió trágicamente en Irak por culpa de una bomba caminera; tenía sólo veintiocho años. Un fondo de compensaciones creado por el Congreso en honor suyo ha repartido ya más de 40 millones de dólares entre familias y comunidades de víctimas inocentes.

Aunque ayudar a las personas perjudicadas por error era una empresa importante, me pareció más importante aún acabar con las guerras. A este fin fundé con mi colega Jodie Evans el grupo pacifista CODEPINK, dirigido por mujeres. Pensábamos que los individuos que habían atacado nuestro país el 11 de septiembre debían ser detenidos y conducidos ante la justicia, pero el 11 de septiembre por sí solo no justificaba ninguna declaración de guerra. Alentamos al gobierno a que estudiara el hecho de que nuestra presencia militar en todo el mundo, con más de ochocientas bases en el extranjero, exacerbaba las actitudes antiestadounidenses (fue uno de los motivos que dio Osama bin Laden para justificar los ataques del 11 de septiembre). Hicimos hincapié en que el país podía ahorrar un dinero muy necesario y en que Estados Unidos aumentaría su seguridad si cerraba las bases y utilizaba su potencia militar para la defensa interior.

Convocamos manifestaciones multitudinarias, incitamos a la desobediencia civil, viajamos a zonas de guerra para tener experiencia de primera mano y organizamos agotadoras huelgas de hambre para que se retirasen las tropas de Irak y de Afganistán y que la energía creativa de la comunidad internacional se invirtiera en misiones conciliadoras en las que las mujeres de los países afectados tuviesen un lugar destacado. Pedimos igualmente que se revisara otra insensata política estadounidense, el apoyo unilateral al gobierno israelí, dado que era una postura que infringía los derechos humanos de los palestinos y exacerbaba el antiamericanismo que propiciaba los ataques terroristas.

A pesar de nuestros esfuerzos, quedó claro que la administración Bush no iba a cambiar de opinión. En consecuencia, durante las elecciones presidenciales de 2008 fueron muchos los antibelicistas que apoyaron la campaña de Barack Obama, aunque más tarde descubrieron que el candidato de la paz se metamorfoseaba en el presidente de la guerra. Aunque Obama retiró nuestras tropas de Irak en diciembre de 2011 (en realidad se vio obligado por un

acuerdo firmado durante el mandato de Bush), aumentó gradualmente nuestra presencia militar en Afganistán.

Adoptó igualmente otra táctica que contribuyó a alejar la guerra de la conciencia pública: la guerra de los drones. El avión que mata por control remoto –y que tiene otros nombres, más esotéricos, como vehículo aéreo no tripulado (UAV), sistema aéreo no tripulado (UAS) y avión pilotado a distancia (RPA)– pasó a ser el arma elegida.

Los miembros de la comunidad pacifista de Estados Unidos vieron con horror que estos francotiradores del cielo se desplegaban desde Afganistán e Irak hasta Pakistán, Yemen, Somalia, Filipinas y Libia. En vez de detener el azote de la guerra, el aparato militar del premio Nobel de la Paz Barack Obama se limitó a cambiar de táctica, sustituyendo las botas en el suelo por asesinos en el aire.

En realidad, el presidente Obama llevó a cabo su primer ataque con drones a los tres días exactos de estrenar la Casa Blanca. Fue en Pakistán, el 23 de enero de 2009. Pero en vez de caer sobre una guarida talibán, los misiles cayeron sobre la casa de Malik Gulistan Khan, un anciano miembro de una comisión pacifista local, favorable al gobierno. El resultado fue que murieron él y cuatro miembros de su familia. Su hijo Adnan, de dieciocho años, dijo: «En el ataque perdí a mi padre, a tres hermanos y a un primo.» El tío de Adnan afirmó: «No habíamos hecho nada, no teníamos ninguna conexión con combatientes. Nuestra familia apoyaba al gobierno y él era miembro de una comisión pacifista local.» Informes posteriores confirmaron la versión de la familia.³

Se diría que esta tragedia habría tenido que bastar para que el presidente Obama se replanteara su política. No fue así. La verdad es que sólo años más tarde, en un chat de Google celebrado el 30 de enero de 2012, Obama llegó a admitir públicamente que Estados Unidos tenía un programa encubierto con intervención de drones en Pakistán. Al responder a un comentario sobre ataques de drones que mataban a personas inocentes, Obama quiso tranquilizar a la ciudadanía alegando que nadie tenía que temer que murieran civiles. «Los drones no han causado un elevado número de bajas civiles. Sus intervenciones han sido sobre todo ataques de precisión contra Al Qaeda y sus secuaces», dijo a los oyentes. «Es importante entender que tenemos todo esto bajo un control muy estricto.» Que se lo digan a los miles de familiares que lloran a sus muertos.

Hablando para el *New York Times*, un alto funcionario de la lucha antiterrorista, que prefirió guardar el anonimato, fue más allá para acallar las discrepancias, dando a entender que quienes criticaban el empleo de los drones porque mataban civiles estaban apoyando

a Al Qaeda. «Hay que preguntarse por qué unas operaciones tan delicadas que persiguen terroristas que traman matar civiles han quedado a merced de la desinformación. No nos hagamos ilusiones: hay toda una serie de elementos a quienes nada les gustaría más que difamar estas operaciones y contribuir al éxito de Al Qaeda.»⁴

Una razón por la que la ciudadanía estadounidense apoyaba el empleo de drones era que hasta el momento ninguno había visto ni oído hablar de las víctimas de sus ataques en la prensa mayoritaria. Pero la situación empezó a cambiar en 2013, gracias a las filmaciones, informes y noticias de prensa que dieron a conocer a los ciudadanos norteamericanos un indicio de las tragedias personales implicadas.

En octubre de 2013, la familia Rehman –un varón adulto con dos criaturas– se desplazó desde Waziristán del Norte, un territorio tribal de Pakistán, hasta el Capitolio de Washington para contar la desgarradora historia de la muerte de la abuela, de sesenta y siete años. Ver a la preciosa Nabila, de nueve años, contar que su abuela había saltado en pedazos mientras estaba fuera recogiendo quingombó, ablandó el corazón incluso de los políticos más endurecidos de la capital y la prensa informó de la tragedia de la familia con sincera simpatía. Un mes más tarde fue al Congreso una delegación yemení de abogados y parientes de víctimas de ataques de drones que también conquistó el apoyo de los medios.

Estas visitas coincidieron con un alud de informes de instituciones prestigiosas que censuraban las guerras con drones. Tres de ellos, escritos por ONG como Human Rights Watch,⁵ Amnistía Internacional⁶ y Al Karama, presentaron casos detallados de bajas civiles y condenaron al gobierno estadounidense por creerse por encima de la ley y las responsabilidades. Otros dos documentos habían sido encargados por Naciones Unidas. Uno se debía a Christof Heyns,⁷ informador especial de la ONU para los casos de ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias. El otro era de Ben Emmerson,⁸ el informador especial sobre derechos humanos y contraterrorismo. Heyns advertía que aunque los drones tengan mejor puntería que otras armas, son más fáciles de usar y podrían «reducir los obstáculos sociales frente al uso de una fuerza mortal». Añadía que el argumento «sólo drones» corría el riesgo de pasar por alto enfoques pacíficos como las detenciones y procesos de personas concretas, las negociaciones y el establecimiento de alianzas.

Emmerson remachaba que las naciones tienen la obligación de capturar a sospechosos de ser terroristas siempre que sea posible y

que sólo deberían usar la fuerza como último recurso. Censuraba la falta de transparencia de Estados Unidos, calificándola de principal obstáculo para evaluar el impacto civil de los ataques de los drones. Sostenía que los países deben ser transparentes en lo referente a la compra y uso de los drones, a las bases legales y criterios para elegir objetivos, y a su impacto. «La seguridad nacional no justifica guardar secretos sobre los datos estadísticos y metodológicos del uso de los drones», añadía.

Más contundente quizá que los informes de Naciones Unidas fue el debate que motivaron en la Asamblea General de la propia ONU. El 26 de octubre de 2013 los representantes de un nutrido grupo de países guardaron turno para denunciar la política estadounidense sobre los drones. Venezuela calificó los drones de «claramente ilegales» y dijo que eran una forma de «castigo colectivo». Brasil alen-
tó a los informadores de Naciones Unidas a que adoptaran una postura más enérgica. China dijo que los drones constituían una «laguna en el derecho internacional» y subrayó que las naciones debían «respetar los principios de los estatutos de Naciones Unidas, la soberanía de los países y los legítimos derechos de los ciudadanos de todos los Estados».

El representante de Pakistán salió al paso de los informes periódicos que sostenían que el gobierno pakistaní aprobaba en secreto los ataques. Alegó que los drones ponían en peligro a todos los pakistaníes y que radicalizaba a la población, y pedía «el cese inmediato de los ataques de los drones dentro de las fronteras de Pakistán».

La oposición de la ONU refleja la oposición de la mayoría de los ciudadanos de todo el mundo. Una encuesta del centro Pew Research, realizada en junio de 2012 en veinte países, de Alemania a México, pasando por China, dio como resultado una negativa mundial a los drones de Estados Unidos. Los índices condenatorios fueron abrumadores en países islámicos como Egipto, Jordania y Turquía, oscilando entre el ochenta y uno y el ochenta y nueve por ciento.⁹ La mayoría de los ciudadanos de todo el mundo no cree que Estados Unidos, ni ninguna otra nación, tenga derecho a atacar a quien se le antoje y donde se le antoje.

La oposición pública se ha vuelto más tangible, sobre todo entre la población que vive en los puntos de impacto de los misiles de los drones. En Pakistán ha habido nutridas e irritadas manifestaciones de protesta, sin olvidar un costoso, violento y espontáneo bloqueo popular de una base estadounidense. En Yemen, a raíz de la matanza de los asistentes a un banquete de bodas, perpetrada el 12 de

diciembre de 2013, la cámara legislativa votó mayoritariamente por la prohibición de los drones en el espacio aéreo yemení (medida que Estados Unidos ignoró por completo). Karzai, el presidente pakistaní, amenazó con expulsar a todos los soldados estadounidenses si los drones de Estados Unidos seguían matando civiles.

En Estados Unidos se han extendido por doquier los movimientos de oposición y se producen manifestaciones periódicas ante la Casa Blanca, las sedes de la CIA y el FBI, las bases militares desde donde se pilotan los drones y las oficinas centrales de los fabricantes. En Europa se ha formado una organización en 2014 para impedir que los países europeos intervengan en las guerras de los drones.

El gobierno estadounidense no ha hecho oídos sordos a las presiones. Ha dado algunos pasos para reducir las bajas civiles y ha reducido los ataques en relación con el récord alcanzado en 2010. Aunque esta reducción es una victoria parcial, los drones siguen causando estragos entre las poblaciones civiles y todavía no ha habido ninguna declaración de responsabilidades por los centenares de vidas inocentes destruidas en estos años. Además, con la proliferación de los drones por todo el mundo (gracias a la liberalización de las restricciones para las ventas en el extranjero, a la aparición de fabricantes a escala mundial y a la introducción de drones domésticos destinados a actividades comerciales y al cumplimiento de la ley), será inevitable que aumente su uso. El único mecanismo que puede frenar esta tendencia es la movilización de una comunidad global contra el uso de drones armados.

Este libro, dedicado a Roya y a todas las víctimas inocentes de las guerras de los drones, pretende impulsar en la medida de lo posible dicha movilización.

UNA SÓRDIDA HISTORIA DE AMOR CON DRONES EXTERMINADORES

En la Cena de Corresponsales de Radio y Televisión de 2004, el presidente Bush bromeó acerca de buscar armas de destrucción masiva debajo de los muebles del Despacho Oval, dado que no se habían encontrado en Irak. El tiro le salió por la culata cuando los padres que habían perdido a sus hijos combatiendo en Irak replicaron diciendo que les había parecido una broma pesada y de mal gusto. El senador John Kerry afirmó que Bush mantenía una actitud «sorprendentemente desdeñosa» hacia la guerra y quienes luchaban en ella.

Seis años después, en la Cena de Corresponsales de la Casa Blanca, el presidente Obama gastó su propia broma sobre armas y guerras, aunque fue menos graciosa. Cuando el grupo pop Jonas Brothers estaba a punto de tocar en la abarrotada sala, Obama arrugó la frente y les aconsejó que no se acercaran a sus hijas. «Sasha y Malia son grandes entusiastas, pero cuidado, chicos, no os hagáis ilusiones. Os lo diré con dos palabras: drones Predator. Nunca se sabe por dónde llegan.»

Para los ciudadanos de Pakistán, donde los drones estadounidenses no han hecho más que lanzar misiles Hellfire, la broma de Obama se perdió con la traducción.* Según Khawar Rizvi, periodista pakistaní, pocos pakistaníes habían oído hablar en toda su vida de los Jonas Brothers y menos aún habrían entendido la referencia del presidente a sus hijas. «Pero hay algo que sí sabemos. No hay nada gracioso en los drones Predator», concluyó Rizvi.¹

Lo mismo opinaba Faisal Shahzad, un pakistaní de treinta años que vivía en Bridgeport, Connecticut. El primero de mayo de 2010, un día después de que el presidente Obama gastara su bromita de los drones, Shahzad trató de explosionar un coche bomba en Times Square. El aprendiz de terrorista había aparcado el explosivo Nissan Pathfinder en medio del cruce de calles más concurrido de Nueva York, un sábado a las seis y media de la tarde, el momento de más tráfico. Por suerte, la bomba no explotó y los artificieros de la policía, alertados por los vendedores locales de camisetas, la desactivaron sin que hubiera víctimas.

Cuando la policía le interrogó sobre sus motivos, Shahzad habló de los ataques de los drones estadounidenses en Pakistán.

«¿Saben cuál habría sido la mejor conclusión del chiste sobre los drones Predator que Barack Obama contó anoche en la cena de los corresponsales de la Casa Blanca?», sugirió el periodista Jonathan Schwarz cuando se enteró de la amenaza de bomba.² «Que la bomba de Times Square hubiera estallado en el momento previsto y se hubiese puesto, efectivamente, como represalia por los ataques de los drones Predator. La noche siguiente, cuando estuvieran limpiando las calles de Nueva York de sangre y vísceras, el jefe de los talibanes pakistaníes habría podido contar otro chiste sobre matar gente con coches bomba en una lujosa cena de etiqueta en Peshawar. Luego, Estados Unidos habría reventado con sus drones a más civiles pakistaníes. Y el ciclo de las bromas volvería a comenzar.»

Dicen algunos que el nombre de *drone* (en inglés «zángano», «zumbido», «bordoneo») procede del zumbido que algunos de estos aparatos producen cuando vuelan. Según otra tradición militar, procede de un aparato automatizado que los artilleros usaban como blanco de entrenamiento durante la Segunda Guerra Mundial.³ Estados Unidos fabricó 15.000 pequeños drones en una planta del sur de California para hacer prácticas de tiro antiaéreo durante el conflicto. Muchos llevaban franjas negras en la parte posterior del fuselaje, lo cual los hacía parecidos a los machos de las abejas.

La tecnología para poner en el aire aparatos teledirigidos existe desde hace decenios. Los primeros vehículos aéreos no tripulados que probaron los militares se remontan a la Primera Guerra Mundial. En los años treinta, Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania y luego la Unión Soviética y otros países utilizaron drones como blancos de ejercicios antiaéreos. Durante la Segunda Guerra Mundial y la de Corea el ejército de Estados Unidos utilizó aparatos no tripulados como misiles guiados. En el curso de un fallido experimento con drones en la Segunda Guerra Mundial, el hermano mayor del luego presidente Kennedy, Joe, piloto naval, murió con veintinueve años en una operación secreta contra los alemanes. Hasta la guerra de Vietnam no se utilizaron aviones no tripulados para obtener información.⁴

Cualquiera que desee construir un aparato no tripulado puede comprar las partes en una tienda de aeromodelismo y ensamblarlas en su garaje. En realidad, el prototipo del dron más conocido actualmente, el Predator, fue construido en un garaje del sur de California por el ingeniero israelí Abraham Karem, en los años ochenta.⁵

Abraham Karem había trabajado en la construcción de aparatos no tripulados para un contratista de la defensa israelí ya en los años

setenta y se trasladó al sur de California en 1980 para fundar su propia empresa.

Gracias a las subvenciones de la Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados del Departamento de Defensa estadounidense y de la CIA, Karem empezó a construir su último modelo en su garaje de tres plazas. En 1981 dio a conocer lo que llamó Albatros, un avión no tripulado con una autonomía de vuelo de hasta cincuenta y seis horas, y luego una versión posterior, llamada Gnat 750, que contaba con un potente ordenador para el control de vuelo.

Pero Karem estaba sin un céntimo y vendió su empresa a Hughes Aircraft, que a su vez la vendió a General Atomics, conservando a Karem como consultor.

En 1993, el director de la CIA James Woolsey, descontento de la información que recibía de los satélites que sobrevolaban Bosnia, recurrió a Karem y a General Atomics. Un año más tarde, el Gnat 750 volaba sobre Bosnia con una tripulación que no iba a bordo, pero que lanzó el aparato desde un aeropuerto abandonado de Albania.

Los datos que recogía, sin embargo, tenían que recorrer un camino tortuoso para llegar a la CIA, ya que tenían que pasar primero por un avión tripulado, luego por una estación de tierra y finalmente por un satélite. En consecuencia, los ingenieros equiparon el dron con su propio sistema de comunicaciones por satélite.

Así nació el dron Predator, que se empleó en las guerras de los Balcanes para recoger información sobre las migraciones de refugiados y las defensas aéreas serbias. Sin embargo, hasta la campaña de la OTAN en Kosovo de 1999 a nadie se le ocurrió la idea de equipar estos aviones con misiles. De aviones espías pasaron a ser drones exterminadores.⁶

Los drones se usan hoy con fines exterminadores y no exterminadores. Operaciones militares aparte, en la actualidad se están diseñando aviones no tripulados para todo, desde seguir el rastro a los contrabandistas de droga y controlar la frontera México-Estados Unidos, hasta monitorizar operaciones de búsqueda después de algún terremoto y fumigar cosechas con pesticidas. Pero la fuerza impulsora de los drones es la militar.

El uso de drones por las fuerzas armadas israelíes para recoger información, como señuelos y para destruir objetivos concretos tiene una larga historia. Se remonta a la ocupación de la península del Sinaí en los años setenta y tuvieron un uso más intensivo en la guerra del Líbano de 1982 y en los posteriores conflictos en los territorios palestinos.